

La calle para el viernes 19 de febrero de 2010
Diario de un espectador
Reyes y Vasconcelos
por miguel ángel granados chapa

Alfonso Reyes y José Vasconcelos fueron amigos desde muchachos. Acudieron juntos a la fundación y las actividades del Ateneo de la Juventud. Pronto, sin embargo, sus destinos se separaron. Mientras Vasconcelos se hizo revolucionario maderista, Reyes tuvo que afrontar las consecuencias de ser hijo del general Bernardo Reyes. Compañero de armas de Porfirio Díaz, ministro de guerra, gobernador de Nuevo León, hombre de armas y de letras, el general Reyes no se aninó a encabezar un movimiento de transición para salir pacíficamente del porfiriato, como miles de personas le demandaban. Leal a Díaz, aceptó una encomienda en el extranjero. Cuando cayó su jefe y amigo, Reyes retornó a México y se puso al frente de un intento de contragolpe restaurador. Murió ametrallado cuando pretendía apoderarse del Palacio Nacional en el comienzo de la Decena trágica de 1913, marcada por la traición de Victoriano Huerta y el asesinato de Madero.

Su hijo Alfonso quedó marcado por esa acción ajena y tuvo que emigrar, a ganarse en España el duro pan del exilio. Luego, los gobiernos revolucionarios reconocieron su talento y le permitieron incorporarse a la diplomacia. Al cabo de dos décadas en ese menester, volvió a México, donde se reencontró con Vasconcelos. Éste, por su parte, había roto con Obregón y Calles y se enfrentó a este último, y derrotada su empresa electoral independiente salió también al destierro, del que volvió casi al mismo tiempo que Reyes.

En los últimos veinte años de la vida de cada quien reanudaron la amistad juvenil. Se reunían en el Colegio Nacional y en la Academia Mexicana de la Lengua, cenáculos que se honraron con su presencia. Murieron casi al mismo tiempo, con sólo seis meses de diferencia: Vasconcelos el 30 de junio de 1959, Reyes el 30 de diciembre siguiente. Luego, la posteridad los unió de nuevo, al bautizar con sus nombres sendas avenidas en la colonia Condesa, en Tacubaya. La imaginación literaria de José Emilio Pacheco aprovechó esta coincidencia y los puso a conversar en el “Diálogo de los muertos” incluido en el número más reciente de *Biblioteca de México*, y que empezamos a reproducir ayer.

Con no poca melancolía, Vasconcelos habla de sí mismo:

“Soy algo más que una gloria literaria, una estatua a la que pocos vuelven la mirada. Soy muchos, no soy uno. En mí encarnaron todas las contradicciones que forman la miseria y la gloria humana.

Reyes: Te admiro y me horrorizas, José. Por tu causa se derramó sangre. Yo no conduje a nadie a la muerte.

Vasconcelos: Traté de redimir a este país de infamias, a esta tierra de asesinos, ladrones y fariseos.

Reyes: Tu tierra.

Vasconcelos. La nuestra, Alfonso. Somos lo que México hizo de nosotros.

Reyes: México y tu ambición y tu vanidad sin medida.. ¿Por qué no te conformaste con ser lo que mejor que fuiste?- Tu sitio no estaba en la república del poder, al menos no de ese poder que buscaste.

Vasconcelos: Me robaron las elecciones.

Reyes: Y si no te las hubieran robado, ¿sabes cuál hubiera sido tu destino?. A los tres meses los generales, los empresarios, y el embajador norteamericano te hubieran echado a patadas. Acuérdate de Madero, de Rómulo Gallegos y de Juan Bosch.

Vasconcelos: Tu no te arriesgaste, Alfonso, por eso cometiste menos errores.

Reyes: me arriesgué a ser nada más escritor, a darle a mi país lo único y lo mejor que podía darle”.